

# USOS TRADICIONALES DEL PAISAJE COMO ESTRATEGIA PARA LA CONSERVACION DE LA BIODIVERSIDAD

Joaquín Araujo\*

---

---

Cuadernos de Sección. Ciencias Naturales 11. (1995) p. 93-98  
ISBN: 84-89516-01-4  
Donostia: Eusko Ikaskuntza

\* Avda. de América, 8. 28028 Madrid

Con escasa capacidad de análisis y no pocas torpezas en el uso del mismo método científico nos hemos ocultado durante decenios el carácter ambivalente de toda actividad humana. Cuando toda suma en los campos de la economía, o del pretendido progreso se salda con restas en los del entorno. Todo rebota y más la pretendida riqueza que se ha saldado con un notable retroceso en ese otro patrimonio que es la misma Naturaleza. La crisis ambiental tenía tres puntos de compensación, tres aspectos que la hacían aceptable por la mayoría: el crecimiento de una de las formas de bienestar, la no percepción directa de los principales desgarros, casi siempre alejados y la confianza en las soluciones que podía aportar la ciencia. Los tres se desmoronan actualmente como ponen de manifiesto la economía mundial, los cambios climáticos y el agujero de ozono. Pero sobre todo quiero referirme a las declaraciones nada menos que de las Academias de las Ciencias de USA y UK en el sentido de “ya no se puede confiar en los avances de la Ciencia para paliar el deterioro ambiental y el avance de la pobreza. O cuando 1600 científicos de élite, entre los cuales figuraban 102 premios Nobel, llegaron a suscribir que “de seguir así la vida desaparecerá tal y como hoy la conocemos”. Lo que no deja de ser una lectura optimista porque la vida tal y como la conocimos, los que hemos vivido una cuarentena, literalmente ha desaparecido. Y hasta del todo para muchos millares de especies, culturas y paisajes. Que al final si se quiere entender son la misma cosa.

El lamento se ha vulgarizado. Todos literalmente conocemos los rasgos principales del preocupante diagnóstico sobre la salud del planeta, del estado del bienestar y de las sociedades no industrializadas. Y seguimos sumando de los nuestros, los más apetentes de todas las criaturas, lo que a su vez desmorona más las otras realidades.

Pero la queja, con no haber tenido nunca los parámetros actuales, en nada resulta novedoso. Rastreado las encontramos desde los albores mismos de todas las civilizaciones y cuerpos de pensamiento. Como ahora se trata de enfocar lo que compete a la Agricultura, no estará de más recordar que los primeros tratadistas ya percibieron y denunciaron las rupturas que las malas prácticas agrarias ocasionan no ya en lo natural, por obvio y hasta necesario, sino ante todo en las posibilidades de la propia actividad cultivadora y apacentadora. Ahí aparece Teofrasto, discípulo de Aristóteles y primer ecólogo, que lamenta la erosión, la desecación y entiende la íntima relación entre clima, suelo y distribución de las especies vegetales. Plinio considera a muchos campesinos de su época como traidores que envenenan a quien todo lo da. Lo escrito por Columela (I d.C.) incluso es suficiente para recuperar el sentido de la correcta Agricultura, sus diez libros en lo básico sirven también de tratado de la Agricultura Ecológica. Cuando ya se derrumba el imperio romano, Paladio, poco más que un copista del anterior, nos da toda una pauta de estrategia de conservación de la diversidad al demandar para una correcta gestión de los predios a cultivar buen aire -hoy clima- Buenas aguas -hoy transparencia y depuración- Suelos bien alimentados -hoy fertilización no tan química y por supuesto buenas labores- hoy menos gasto de energía, menos abono,

menos fitosanitarios y biocidas. Luego esbozaré, a través de los mismos escenarios lo que considero actual prioridad de las políticas ambientales y agrarias. De la coincidencia con Paladio, por cierto, me apercibo meses después de escribir el artículo "Cultivar la cultura" (Adjunto a este escrito) tribuna en el BOLETÍN del MAPA a petición del ministro D. Luis Atienza. Convergencia que celebro.

Pero antes de proponer medicina alguna concluyamos el diagnóstico o mejor sus titulares, porque la letra pequeña hoy por hoy desborda la capacidad hasta de los ordenadores. Es decir que falta mucho por saber de la verdadera cuantía de los daños ambientales y no digamos de su efecto inercial. Decíamos que las restas eran cada vez más imponentes. Para algunos superan a las sumas. Esquivando el catastrofismo lo que si podemos asegurar es que ya no somos los aliados con los que el tiempo y la manipulación se alío para crear aún más variedad en este mundo. De hecho la agricultura y ganadería son responsables por selección artificial de la aparición de decenas de miles de razas de animales y plantas, que en cada momento y lugar respondían al test de la supervivencia. Hoy las variedades de lo domesticado están amenazadísimas por un puñado de triunfadores, que masifican y acaparan. De las 30.000 subespecies de arroz que se cultivaban en la India nos quedan, en activo, poco más de 50. De las casi 1200 de trigo y maíz que usábamos en las españas, perviven unas 30. De las 3600 tipos de manzanas que llegaron a catalogarse en Francia hoy se comercializan 10. Hasta las capas del ganado, de las que se describían nada menos que 70, se han quedado en 7. Casi la mitad de las razas del Mediterráneo están en grave peligro y centenares se han extinguido.

Por completo imposible de evaluar con precisión la magnitud de la actual extinción de la diversidad natural. Hay quien afirma que se eleva a más de 400 especies diarias y quien la sitúa en una sóla. Como no conocemos el número de especies que existen resulta muy difícil la extrapolación. En cualquier caso si sabemos que ese precioso e insustituible tesoro desaparece desde varias a miles de veces más rápidamente que en cualquier otro momento de la historia de la vida.

Además sólo conocemos y usamos algo menos del uno por cien de las plantas existentes, y el uno por mil de los animales. Esto supone nada menos que estropear la posibilidad de encontrar soluciones para todos los problemas básicos de la Humanidad. Porque en los millones de plantas y animales existentes se esconde información y utilidades suficientes para encontrar salida a las hambres, enfermedades, dolor y necesidades energéticas.

Al mismo tiempo se aprecia, y esto es de gravedad inmediata, que la producción de alimentos ha comenzado a disminuir lentamente tras casi cinco decenios de suficiente incremento, incluso por encima de las necesidades correlativas al incremento de la población mundial. Desde 1984 la producción de cereales ha bajado un once por cien. Las reservas estratégicas de alieimentos básicos dan para 66 días cuando hace un lustro subían a más de 90. En consecuencia todo apunta a situaciones más dramáticas si seguimos creciendo a un ritmo de 200.000 nuevos seres humanos cada día que pasa.

Y una correcta estrategia para la conservación de la diversidad se puede contemplar como un instrumento sensato, con sentido de la anticipación y hasta plausible si va ligada a la actividad del sector primario. Pero ante todo debemos contemplar la multiplicidad de las formas vivas como un patrimonio común, como la memoria de la propia biosfera y como el conjunto de respuestas creativas e imaginativas de la propia Naturaleza.

Por el contrario nuestro modelo actual defiende que sólo existe una receta, el aumento continuado de riqueza cuando la diversidad es también la característica no sólo de la Naturaleza sino también de nuestra humana condición. Es más, hay otros modelos, que no están

lejos, ni resultan nuevos, aunque lo parezca por su condición de minoritarios. Incluso pueden ser enumerados por miles, y por decenas de miles, si incluimos los que desaparecieron, extinguidos en su desigual contienda con las culturas dominantes de cada época. Cuando probablemente nada resulta mas triste que no haber tenido la oportunidad de reflexionar sobre la enorme cultura de los oficialmente incultos. Pero, por suerte, nos queda suficiente información para recordarles algunos de esos "raros otros" que, antes o todavía hoy, se aproximaron a lo que menos pesa y ocupa, pues sólo tiene como residencia un nombre: UTOPIA. Nada más hermosamente humano que el deseo de volver a empezar. Y seguramente nada tan oportuno, ahora, como intentarlo. Sólo que conviene aprovechar lo que la ciencia y las culturas solidarias nos proponen para esa tarea de reconstruir lo vivo por un lado y lo digno por otro. Pero siempre con el cuidado de no olvidar que nada ha existido con dos filos tan cortantes como la tecnología. Se trataría por supuesto de aplicar su cara más amable para que no desaparezca todo lo amable. Y explorar las muchas propuestas éticas que han sido propuestas a lo largo de los tiempos.

Sólo que siempre, y ahora más, conviene tener presente esos otros planteamientos y si es posible en un escenario adecuado. Porque nos inclinamos demasiado frecuentemente a lo lejano, distante. Solemos compensar la destrucción de aquí con la más grave, acelerada y dañina mentalmente que se produce en el Amazonas, el Sahel o los países del Este, por poner tan sólo unos ejemplos actuales y elocuentes.

Pero todos los rincones necesitan una aliviadora nueva actitud. Y todos, sin excepción, podemos incluir un pequeño elemento positivo.

Porque aquí mismo tenemos una cultura y un sector crucial de la sociedad tan amenazado y herido como cualquiera que queramos elegir, Me estoy refiriendo, claro, al mundo rural. Causa y efecto de algunos de los peores menoscabos ambientales y sociales de este tiempo. Pero con el anticuerpo, como es lógico dentro de sí mismo. Buena parte de los procesos de desertificación, la contaminación de suelos y aguas, la pérdida de diversidad natural y cultural, así como esto tan evidente de los incendios forestales tiene como principal causa et derrumbe del íntimo sentido de la práctica de la agricultura, ganadería y silvicultura. Los efectos son catastróficos en varios de esos frentes. Al mismo tiempo, todas esas enfermedades podrían retroceder seriamente y hasta desaparecer con la generalización de una correcta actividad en el sector primario: eso que llamamos Agricultura Ecológica.

Confundimos por el apremio del siglo que nos acoge, los agricultores dejaron de cosechar para convertirse en cosecha, pero de la industria que no puede tener leyes más lejanas a las que rigen en los medios naturales. Prisa, rendimientos crecientes y tecnología dura ocuparon todos los horizontes. La química que tanto ha simplificado y, por supuesto, también ayudado, se revela como un gravísimo deterioro de los suelos vivos y de la práctica totalidad de los acuíferos. Al esquilamiento de las comunidades zoológicas de los predios agrarios pronto se sumó una drástica disminución de las especies de animales y plantas domésticas. La maquinaria pesada, al mismo tiempo, demandó campos mas grandes con lo que muchos paisajes fueron despojados de sus mejores adornos: árboles, setos, sotos y tapias. Todo ello para acabar desembocando en un balance energético por completo negativo. Porque hoy lo que comemos es realmente petróleo, dado que por cada kilocaloría que produce la agricultura convencional hay que gastar hasta treinta procedente de los combustibles fósiles. Cuando si de algo se trata es de que el balance sea exactamente el contrario, como era antes, cuando sólo se usaba tracción animal, estiércol y poco más. Por supuesto nadie pretende volver al arado romano. Pero si, por supuesto, a equilibrar muchísimo más la relación entre lo gastado y lo obtenido.

Mucho más preocupante resulta la lenta desaparición de costumbres, saberes, tradiciones, hospitalidad, artesanías y formas de usar sin abuso el entorno natural es decir de culturas. Muchas ya que de forma acelerada están condenadas a la extinción y centenares ya han desaparecido.

Por suerte pesa ya en el otro plato de la balanza una corriente de pensamiento y una notable puesta en práctica del mismo. La hemos calificado de ecológica, como si de algo nuevo se tratara, pero esta agricultura podría ser la única que mereciese su propia denominación. Porque conviene no olvidar, que a su vez quiere decir, cuidado, proviene del término agricultura y no al contrario. Por tanto si acaso convendría llamar a la práctica general algo así como producción industrial de alimentos y a lo que paso a describir Agricultura, así con mayúscula inicial. En cualquier caso se ha establecido como norma de identificación un cierto confusionismo entre los términos biológico-ecológico-natural-orgánico-biodinámico-.....

Que, en cualquier caso, coinciden en infinitamente más que en lo que difieren. Porque se trata de obtener alimentos al tiempo que indirectamente se provoca una auténtica cadena de beneficios ambientales.

En primer lugar porque se autoexcluye el uso de cualquiera de los biocidas: esas sustancias químicas destinadas a matar animales y plantas competidores de los cultivos y que han envenenado hasta el tuétano los paisajes de la totalidad del planeta.

La opción del estiércol y fertilizantes orgánicos en lugar de abonos químicos resulta también crucial para mantener la salud y vida de los suelos. Pero su principal beneficio nos alcanza porque será la salud de la planta y el contar con todos sus elementos nutricios lo que apreciaremos al comerla y redundará en una correcta y completa alimentación propia. Por si todo lo escrito fuera poco se prima al endemismo y la variedad sin excluir los componentes libres del paisaje vivo, es decir vegetación y fauna espontáneas. Resulta difícil encontrar quien de más, ni aproximación más notable al famoso desarrollo sostenible. Pues bien la Agricultura Ecológica va más allá, es también una forma de vivir el proceso de producción como un acto al tiempo solidario y comprometido. Tiene compensaciones físicas, económicas pero al mismo tiempo anímicas. Compensa de tanto estruendo y ayuda a todos sin excepción.

Y se acrecienta porque ya son casi un millar las explotaciones de Agricultura Ecológica que caminan ya sobre nuestros paisajes. De momento sólo bendicen a una 7.000 hectáreas pero no hay día sin nuevas incorporaciones. Y claro, resulta que ahí mismo tenemos a unos cuantos que callada y efectivamente están remontando la corriente. Que no están sometidos por la facilidad y el máximo y más rápido beneficio. Que se ayudan ayudando al entorno. Son gentes dos veces cultas. Son el sosiego en el fragor de la más absurda batalla de todos los tiempos: la que mantenemos con el origen y la continuidad de la vida.